

ÍNDICE

Introducción	9
Sacerdote	13
Obispo	33
Cardenal.....	47
Papa	61
La lucha contra el Modernismo	73
La lucha contra el Laicismo	93
Reformador	103
Santo	115
¿Por qué este silencio? Respuestas.....	127
Apéndice.....	147
Bibliografía.....	161
Notas.....	165

INTRODUCCIÓN

Es sorprendente el hecho de que, siendo san Pío X el único Papa canonizado desde el s. XVI, un espeso velo de silencio se hay alzado sobre su figura. La prueba de ello es la ausencia de bibliografía en lengua castellana desde la fecha en que fue inscrito en el libro de los santos (1954). La sorpresa es aún mayor si se considera que José Sarto es un modelo válido de vida sacerdotal ya que fue un simple cura rural durante 18 y un santo obispo durante otros 18. Es decir, no fue un príncipe de la Iglesia, ni un diplomático, ni un clérigo procedente de los despachos. De hecho, es el único Papa que recorrió todos los estamentos de la jerarquía católica incluyendo los más humildes.

A partir de 1954, numerosas parroquias de todo el mundo quedaron bajo el patrocinio de san Pío X. No han transcurrido ni siquiera cien años desde su muerte, y su figura ha caído en el más absoluto olvido. ¿Por qué? El lector encontrará la respuesta en estas páginas.

San Pío X es una de las grandes glorias de la Iglesia católica. Su personalidad es atractiva y, en cierta medida, paradójica. Brilló por su bondad evangélica, pero también fue capaz de mostrar firmeza severa. Pasó media vida en palacios episcopales pero fue pobre en grado extremo. Era muy inteligente pero, en el trato con la gente, pasaba por ser un hombre

bonachón sin grandes luces (los funcionarios más críticos del Vaticano le apodaban *el campesino de Riese*).

El dato decisivo es que fue tenido por santo ya en vida tanto por los católicos como por los ateos. Hizo milagros, fue querido por el pueblo y, sin embargo, en la memoria colectiva de una parte de la Iglesia quedó la imagen de un Papa reaccionario que ralentizó una apertura inevitable al mundo. Obras de completa seriedad científica como la *Historia de los Papas* de Schimmlin, continuador de la obra de Pastor, trataron severamente su pontificado, especialmente en lo concerniente a la lucha contra el modernismo.

Precisamente en este punto reside la gloria y la cruz del Papa Sarto. La estima hacia su persona depende, en buena medida, de la valoración personal que tengamos acerca del modernismo teológico, movimiento iniciado a finales del s. XIX que perduró, de una u otra manera, a lo largo del s. XX. Para los más críticos, san Pío X resultó una figura incómoda después del Concilio Vaticano II (1962-1965), ya que el Concilio habría venido a sancionar, supuestamente, algunas de las tesis modernistas expresamente condenadas por él. Desde entonces, nadie ha negado las virtudes heroicas de José Sarto, pero la sensación generalizada es que fue un Papa *equivocado*, rodeado de malos consejeros, alguien que podía haber facilitado la necesaria modernización de la Iglesia en los comienzos del s. XX y que, por desgracia, no hizo sino lo imposible por impedirlo.

Antes de continuar, queremos advertir al lector sobre dos premisas. La primera: estas páginas nacen desde una profunda simpatía por la figura de san Pío X como Papa y como

santo, pero aquí no se pretende exponer un rosario de florilegios y anécdotas (algo que sí abunda en las biografías en torno a su canonización). La segunda advertencia es que tampoco se busca decir nada nuevo, pero sí decirlo nuevamente porque el vacío bibliográfico sobre este personaje lo hace necesario. El lector no encontrará análisis detallados porque, ante todo, esta publicación quiere despertar en él la admiración por este gran Papa mediante una aproximación serena y entretenida. La simpatía por san Pío X es algo que no puede imponerse, tan sólo puede ser sugerido, pero no se puede amar lo que no se conoce, y en términos generales, se desconoce bastante la importancia de este Pontífice.

San Pío X, ruega por nosotros.

SACERDOTE

LOS PRIMEROS AÑOS

José Melchor Sarto Sanson nació en 1835 en un pequeño pueblo italiano de 2.800 almas llamado Riese. Su padre, Juan Bautista, era el alguacil del Ayuntamiento que hacía las veces de cartero y, aunque tenía el consuelo de un sueldo fijo, era pobre. Las rentas familiares se complementaban con cinco hectáreas de tierra y el fruto que daba la vaca que poseía la familia; además, la madre de la familia, Margarita Sanson, ayudaba a los ingresos domésticos ejerciendo la costura. Ambos eran piadosos cristianos.

José no fue el primogénito. Tenía un hermano mayor que había muerto siendo infante, así que quedó como el primero de un hermano más joven y varias hermanas.

El chico tenía muchas cualidades. Era físicamente agraciado, delgado pero fuerte, de genio vivaz e impetuoso. Sabía rodearse de amigos y también sabía liderarlos: era el jefe de la pandilla. El párroco de Riese, Tito Fusarini, percibió su gran inteligencia y le procuró el ingreso en la escuela vecina de Castelfranco, situada a unos siete kilómetros, alentando en secreto la esperanza de una vocación sacerdotal. También apoyó a José Sarto el coadjutor de la parroquia, Pedro Jacuzzi, con el que mantuvo gran amistad durante toda la

vida. Nuestro personaje recorrió el camino a la escuela numerosas veces con los zapatos colgando del cuello, según la costumbre campesina, para no desgastarlos.

Una anécdota famosa de estos primeros años ocurrió durante la catequesis en la parroquia. Fusarini prometió a los chicos que daría una manzana al niño que le dijera dónde está Dios. José Sarto respondió prontamente: “Y yo daré otra a quien me diga dónde no está Dios”. Devoto de la Eucaristía, sentía también un gran amor por la Virgen María, que en Riese se veneraba con la advocación de Virgen de la Cendrola.

En la escuela destacó por su brillante inteligencia y por su buen carácter. Se hacía querer y se dejaba querer. Como era piadoso, el párroco de Riese escribió al Patriarca de Venecia para que concediera al chicho una beca para costear los estudios del Seminario de Padua. El Patriarca de Venecia era oriundo de Riese y también de orígenes humildes; además, el tío de José Sarto tenía el cargo de camarero en el palacio episcopal. Estos datos explican que el Patriarca le concediese la beca en 1850.

Margarita Sanson, tan piadosa como analfabeta, tuvo que pagar la sotana de seminarista entregando un viejo colchón. Dios compensó este sacrificio haciendo que, en el futuro, pudiera ver a su hijo entrar en Riese como cardenal de la Iglesia católica.